

The background of the cover is a golden-yellow landscape. In the center, a mountain peak rises above a valley. A winding path or road leads from the foreground towards the mountain. The sky is filled with soft, white clouds. The overall color palette is warm and monochromatic, dominated by shades of yellow and gold.

Las Cuatro Estaciones Sagradas

G. de Purucker



Las Cuatro Estaciones Sagradas

G. de Purucker

THEOSOPHICAL UNIVERSITY PRESS
PASADENA, CALIFORNIA



THEOSOPHICAL UNIVERSITY PRESS

POST OFFICE BOX C

PASADENA, CALIFORNIA 91109-7107

www.theosociety.org

2011

The Four Sacred Seasons (English Edition)
Copyright © 1979 Theosophical University Press

Traducido del inglés por Mario Berríos © 2010 Theosophical University Press. Todos los derechos reservados incluyendo el derecho a la reproducción total o parcial en cualquier forma están reservados bajo las convenciones Internacionales y Panamericanas de derecho de reproducción.

PDF eBook ISBN 978-1-55700-207-5.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Purucker, G. de (Gottfried), 1874-1942.

[Four sacred seasons. Spanish]

Las cuatro estaciones sagradas / G. de Purucker.

p. cm.

Originally published: The four sacred seasons. Pasadena, Calif. : Theosophical University Press, 1979.

ISBN 978-1-55700-205-1 (pbk. : alk. paper)

1. Sun—Religious aspects—Theosophy. 2. Seasons—Religious aspects—Theosophy. 3. Theosophy—Doctrines. I. Title.

BP573.S95P8718 2010

202'.12—dc22

2010048753

This PDF eBook produced at Theosophical University Press
Pasadena, California

Contenido

<i>Prólogo</i>	<i>vii</i>
I Solsticio de Invierno	1
II Equinoccio de Primavera	15
III Solsticio de Verano	27
IV Equinoccio de Otoño	49

Prólogo

“Nacidos de la luna, hijos del sol, descendientes de las estrellas, y herederos de los espacios cósmicos . . . nosotros y el Ilimitado somos esencialmente no dos sino uno.” En verdad, nosotros los seres humanos estamos extraordinariamente formados de los elementos del universo, pero hemos perdido contacto con nuestra herencia ancestral y no sabemos hacia adónde volvernos.

Hace cincuenta años Gottfried de Purucker sucedió a Katherine Tingley como líder internacional de la Sociedad Teosófica, y poco tiempo después de eso, instituyó regularmente estudios esotéricos para fortalecer la comprensión de los miembros en cuanto a las metas básicas de la Sociedad, y para despertarlos a dimensiones más profundas de la vida espiritual. Estos estudios los siguieron además del personal residente, los miembros de todo el mundo.

Dos años más tarde, en 1931, en su viaje de conferencias por Europa, el Dr. de Purucker anunció que, comenzando con el Solsticio de Invierno próximo, se llevarían a cabo reuniones trimestrales especiales en la sede principal, en reconocimiento de los “grandes acontecimientos espirituales y psíquicos” que ocurren, si el karma es propicio, en las cuatro estaciones sagradas del año, a saber: el Solsticio de Invierno, el Equinoccio de Primavera, el Solsticio de Verano, y el Equinoccio de Otoño. Las reuniones estacionales

se celebraron también, posteriormente, en varios centros nacionales hasta la Segunda Guerra Mundial. En 1945 se reanudaron otra vez en la sede central y en el exterior, hasta que fueron discontinuadas después del Equinoccio de Otoño de 1950.

En estas ocasiones, el Dr. de Purucker impartió las enseñanzas concernientes a la respectiva estación, de modo que las experiencias sublimes del candidato preparado para la iniciación que un día experimentaría, se conviertan en ideales vivos. Líneas claves de la enseñanza, tratadas ya en la literatura publicada, sobre Buddhas y Avatāras y su relación cercana a la humanidad, las rutas circulatorias del sistema solar seguidas automáticamente en el sueño y la muerte, y con plena conciencia en la iniciación; éstas y otras doctrinas prominentes son reunidas aquí en una iluminada síntesis.

Cuando leemos y reflexionamos acerca del panorama de pensamiento que se abre ante nuestra conciencia, nos conmueve profundamente: intuitivamente respondemos a la corriente de altruismo que fluye con una continuidad intacta del Vigilante Silencioso de nuestra Tierra, a través de los Bodhisattvas y de los Cristos, y que desciende hacia nosotros los seres humanos ordinarios. Y nos aseguran que si hay el más pequeño movimiento en el alma para inclinar las energías de nuestro corazón y dirigirlas a levantar el peso del dolor humano, entonces, aunque sin saberlo, ya nos colocamos en alineación con las corrientes benefactoras de la naturaleza. En última instancia, si la aspiración es pura y la voluntad se sostiene, uno puede convertirse en un ayudante consciente de los Grandes Seres en sus trabajos de auto-sacrificio para la humanidad.

Estas lecturas estacionales, ahora traídas al público por primera vez, son reproducidas en su totalidad a partir de los manuscritos originales con solo pequeñas correcciones. Se comparten después de medio siglo en respuesta al aumento de demanda a una presentación lúcida e informada de lo que es realmente la iniciación.

GRACE F. KNOCHE

Febrero de 1979
Pasadena, California

I

El Solsticio de Invierno

El Solsticio de Invierno

HAY cuatro momentos cruciales en el año: los solsticios de invierno y verano, y los equinoccios de primavera y otoño. El ciclo del año entre la gente antigua fue siempre considerado como un símbolo de la vida del hombre, o en realidad, de la vida del universo. Nacimiento en el Solsticio de Invierno, comienzo del año; adolescencia — pruebas y su conquista — en el Equinoccio de Primavera; madurez, fuerza total y poder, en el Solsticio de Verano, representando un periodo de iniciación cuando se hace la Gran Renunciación; cerrando con el Equinoccio de Otoño, el periodo de el Gran Paso. El ciclo del año también simbolizaba el entrenamiento del discípulo.

A la hora del Solsticio de Invierno, dos son los grados principales por los que el neófito o iniciado debe de pasar, es decir, los grados cuarto y el séptimo o último: el cuarto para personas menos avanzadas, aunque, no obstante, son grandes hombres; y la última o séptima iniciación llega a raros intervalos mientras las edades de los ciclos avanzan, siendo los nacimientos de Buddhas y Cristos.

Durante la iniciación de esos individuos de menor capacidad espiritual e intelectual que el material humano con el que nacen los Buddhas, durante esta cuarta inicia-

ción, al postulante se le enseña que se libere de todos los obstáculos de la mente y de los cuatro principios inferiores de su constitución; y siendo entonces libre pasa a través de los canales magnéticos o circulatorios del universo hasta los portales del sol, pero allí para y regresa. Tres días, por lo general, es el tiempo requerido para esto, después el hombre se levanta como un iniciado completo, pero con el entendimiento de que delante de él hay montañas más altas que escalar en el sendero solitario, el sendero apacible, el sendero estrecho que lleva a lo divino.

En lo que se refiere a la séptima iniciación, ésta ocurre en un periodo de 2.160 años humanos, el tiempo que le toma a un signo del zodiaco pasar de una constelación a la siguiente; en otras palabras, lo que entre los místicos de Occidente se llama el Ciclo Mesiánico. Cuando los planetas Mercurio y Venus, el Sol y la Luna y la Tierra se sitúan en sизigia, entonces la libre mónada del noble neófito puede pasar a lo largo del sendero magnético a través de estos cuerpos y continuar directo hacia el corazón del Sol. Por catorce días el hombre dejado en la tierra está como en trance, o deambula aturdido, en un estado de semi-estupor; porque la parte interna de él, la parte real de él, anda peregrinando en las esferas. Dos semanas después, durante la mitad luminosa del ciclo lunar o mes, o sea cuando la luna está llena, la mónada peregrinante retorna rápidamente como un iluminante pensamiento a través del mismo camino por el que ascendió al Padre Sol, tomando de nuevo las vestimentas que había dejado en cada planeta mientras pasaba a través de él: el ropaje de Mercurio, el ropaje de Venus, el ropaje de la Luna — del cuerpo lunar, de la órbita lunar — y de la Luna la mónada regresa al cuerpo en trace

que dejó atrás. Entonces, por un periodo corto o largo de acuerdo a las circunstancias, todo el ser del neófito es irradiado con el esplendor espiritual solar, y él es ya un Buddha que acaba de “nacer.” Todo su cuerpo está en una gloria flamante, por decirlo así; y de su cabeza y atrás de su cabeza especialmente, como una aureola, brotan rayos, rayos de gloria como una corona. Es por esto que en el occidente las coronas y en el más cercano oriente las diademas eran usadas formalmente por aquellos que pasaban esta prueba, porque en verdad son ellos Hijos del Sol, coronados con el esplendor solar.

En estas iniciaciones el hombre muere. La iniciación es muerte, muerte de la parte inferior del hombre; y en realidad el cuerpo muere, y sin embargo se mantiene vivo no por el espíritu-alma que ha volado de él como una mariposa que se libera de su crisálida, sino por aquéllos que lo están vigilando, esperando y cuidando. Es porque se mantiene la tríada del cuerpo viva, que el peregrinante espíritu-alma es al final capaz de regresar como un pájaro a su nido, donde reconoce su anterior hogar corporal, y “renace” pero, en este caso, renace en el mismo cuerpo. Durante el periodo de tiempo cuando la mónada peregrina está ausente, ya sea por tres o catorce días, la mónada desencarnada ha seguido literalmente el sendero de la muerte, pero lo ha hecho rápido, y en menos de quince días. En realidad el proceso es idéntico al que se sigue en el proceso de la muerte y reencarnación, porque regresa al cuerpo en trance por el mismo camino que se sigue en el renacimiento, en la reencarnación, y es como si hubiera renacido en el cuerpo viejo en lugar de haberlo hecho en uno nuevo; y por lo tanto se decía de tal hombre en la India, que era un *dvija*, como dicen los

Brahmanes de Āryāvarta, un iniciado “dos veces nacido.”

Esta frase también tiene un significado más: el que ha nacido de las cenizas de la vieja vida, y dicha vida está ahora extinta y muerta. Pero también tiene un significado más profundo del que ya he hablado. Estas iniciaciones del séptimo grado que ocurren una vez durante el Ciclo Mesiánico, y que producen el fruto espiritual de un Buddha menor, mejor llamado Bodhisattva, no deben ser confundidas con una de las grandes iniciaciones conocidas por la raza humana, es decir, las que pertenecen solo a los Buddhas raciales. Hay en cualquier raza-raíz solamente dos Buddhas raciales. Sin embargo, los Bodhisattvas de diferentes grados de grandeza evolutiva son numerosos. Los Bodhisattvas cíclicos, como se mencionaba anteriormente, vienen, uno por vez, en cada Ciclo Mesiánico de 2.160 años y son usualmente de carácter avatárico.

Hay casos en que el neófito falla; sin embargo, éstos tienen otra oportunidad en otras vidas; no obstante, la pena por fallar es, en esta vida, la muerte o la locura, y la pena es muy justa. Solemnes son en verdad los avisos que se les dan a esos que van a volar como pájaros en los éteres de los mundos internos y siguen los pasos de aquellos que les han precedido en las circulaciones del universo.

Cuando vemos una noche estrellada, o durante el día levantamos la vista y miramos el esplendor del Padre Sol brillar en la bóveda azul del medio día, cuán vacía parece ser la extensión del espacio, parece como algo vacuo, ¡como un vacío! Los astrónomos nos dicen que la tierra es una esfera que está suspendida en el vacío, en el éter, libre, excepto por la atracción gravitacional del Sol, y que la tierra sigue su senda, su órbita, unida únicamente al Sol por la gravitación;

en otras palabras, ese espacio es un vacío. Sin embargo, hablando místicamente, el espacio es *śūnyatā*: “vacío”, en su significado esotérico, pero no significa vacío como lo entienden los astrónomos occidentales. Porque el espacio que miramos, el que nuestros ojos físicos piensan que ven, o no ven, es una sustancia tan densa, tan concreta, que ninguna concepción humana puede dar una idea clara de lo que es a la mente-cerebro sino a través de la matemática.

El físico astrónomo J. J. Thomson calculó hace algunos años que el éter del espacio era dos mil millones de veces más denso que el plomo. Esto renueva una vieja doctrina; aunque recuerden que la manera apropiada de expresar este hecho depende en su totalidad del punto de vista que se adopte. Tenemos ojos que han evolucionado para sentir, para penetrar, la materia de *nuestra* esfera, y vemos lo que para nosotros parece ser vacío, pero en realidad lo que parece vacío está completamente lleno, es, de hecho, un pleno, un pleroma, lleno de mundos, de esferas, de planos, de jerarquías, de entidades evolucionando en estos mundos, esferas y planos.

Por favor traten de entender con claridad esta idea. Nuestro sistema-*sūrya* en su totalidad, nuestro sistema solar, llamado el Huevo de Brahmā, puede verse, desde un punto de vista muy verdadero, como un enorme cuerpo agregado ovoide, suspendido en el espacio; y si un astrónomo en un globo distante en las profundidades estelares viese nuestro Huevo de Brahmā y si lo viese desde un plano superior apropiado, nuestro sistema solar entero le parecería a él como un cuerpo ovoide de luz, como una nebulosa irresoluble en forma de huevo. Esto incluiría todo el “vacío” que vemos, o que creemos ver, el llamado vacío, por

lo tanto incluiría todo nuestro mundo solar del Huevo de Brahmā, desde el corazón de nuestro Padre Sol hasta más allá de los confines de lo que nuestros astrónomos llaman los planetas más lejanos.

El Huevo de Brahmā está compuesto de esferas concéntricas centradas en el Sol y cada una de estas esferas es un mundo cósmico. Su corazón, el corazón de cada una de ellas, es el Sol. El mundo o esfera de nuestra Tierra es uno de ellos, y rodea al Sol como una esfera de una sustancia densa, y el núcleo en esta esfera o huevo, es a lo que llamamos comúnmente Tierra; así es también la esfera de Mercurio, la de Venus, la de Marte, la de Júpiter, la de Saturno; sí, y también la de Urano. Sin embargo recuerden que Urano no pertenece a nuestro sistema sagrado de mundos, aunque pertenece a nuestro Huevo de Brahmā.

En conexión con esto, noten que cualquier esfera concéntrica como la de nuestra Tierra, o la de Júpiter, o la de Mercurio, es de hecho un Huevo o Esfera de Brahmā, sin embargo, el núcleo de tal esfera o planeta, si se ve en movimiento desde otro plano, parecerá verse como una ola u onda que avanza constantemente dentro o alrededor de una zona o cinturón sólido o semi-sólido; siendo en realidad esta zona o cinturón lo que nosotros llamamos, en nuestro plano, el lugar de la órbita de un cuerpo planetario tal como el de la Tierra, el de Júpiter, o el de Mercurio. El significado de esto es que una órbita planetaria tal como la de la Tierra vista desde otro plano, es en realidad un cinturón o zona alrededor del Sol, siendo el camino, por decirlo así, del núcleo que, en esta zona, puede considerarse en movimiento como un ola o oleaje que se desplaza constantemente alrededor de este cinturón, zona o anillo. Por lo

que se ha dicho, es obvio que a lo que llamamos un planeta puede verse desde tres diferentes planos de visión, como tres objetos diferentes. Primero como un globo, tal como lo vemos en este plano; segundo, desde otro plano se puede ver como una ola u onda que avanza circularmente siguiendo el curso de una zona anular o cinturón alrededor del Sol; y tercero, como una esfera concéntrica, o mejor dicho un esferoide o huevo, con su centro en el corazón del sol.

Estos mundos concéntricos o esferas están en constante movimiento circular de revolución alrededor del corazón del Sol, las esferas dentro de sí mismas parecen como pieles de cebolla y sin embargo, en cierto sentido cada una está formada de diferentes materias, de materias de diferentes estados a las de las otras esferas, y por tanto pasan a través de cada una de las otras tan fácilmente como si éstas no existieran. Es así como nuestros ojos pueden ver algunos de los cuerpos estelares que están después de las órbitas de Marte, Júpiter y Saturno. Todo lo que vemos del cúmulo estelar que está fuera de nuestro huevo de Brahmā sucede que no es más que esas estrellas o soles en particular, los cuales por haber alcanzado el mismo grado de evolución material en el que nosotros mismos estamos ahora y en el que nuestro Sol físico se encuentra, son, por lo tanto, visibles a nuestros órganos de la vista. Si viviésemos en otro plano, nuestra visión no podría penetrar las materias respectivas, o las órbitas o esferas, de Marte, Júpiter o Saturno. Solo estos tres planetas esconden billones y billones de soles que nosotros durante nuestro presente manvántara o ciclo no podemos ver. Algún día muy lejano mientras la evolución trabaje en la materia de nuestro mundo-esfera, veremos algunos de los soles-rājā ahora escondidos por estos tres planetas, por

las esferas de éstos, porque los planetas y sus respectivas esferas son realmente lo mismo. Es precisamente porque el Huevo de Brahmā es totalmente sustancial, y porque el espacio interplanetario es, por tanto, totalmente sustancial, que la luz que pertenece a este cuarto plano cósmico puede pasar de las estrellas a nosotros.

Hablando de estas esferas concéntricas, por favor recuerden que la concepción correcta de la estructura y características del Huevo de Brahmā debe incluir el darse cuenta del significativo hecho de que hay muchas más esferas concéntricas planetarias que las de los ocho, nueve o diez planetas conocidos por la astronomía occidental. Hay muchos planetas en el sistema solar que son completamente invisibles a los medios de cualquier instrumento o aparato astronómico, y además, todavía más importante, hay muchas esferas concéntricas que pertenecen enteramente a otros planos del cosmos, y cada una de estas esferas concéntricas, que en algunos casos son superiores y en otros inferiores a nuestro plano, están tan por entero habitadas con una variada cantidad de seres, como lo está nuestro propio plano. Cada plano tiene sus propias jerarquías de habitantes, sus propios mundos habitados con sus moradores, con sus países, sus montañas, océanos, lagos y viviendas como nuestra Tierra los tiene.

Consideradas como un todo, estas esferas-mundos concéntricas fueron las esferas cristalinas de los antiguos que los astrónomos modernos han interpretado tan mal y de las que se han burlado tanto. ¿Qué significaban realmente estas palabras: “esferas cristalinas”? Significan que eran esferas de las cuales el centro era el Sol, y eran transparentes a nuestros ojos. Así como el vidrio es muy denso y sin

embargo transparente a nuestra vista, así son los éteres de nuestro cuarto plano cósmico; muy densos, y sin embargo transparentes para nosotros. Para los habitantes de la Tierra que ven el fenómeno del sistema solar desde la Tierra, debido a la rotación de la Tierra, el sistema entero de esferas concéntricas parece girar alrededor de la Tierra, y de esto surge la manera geocéntrica de ver los movimientos aparentes de los planetas y del Sol, la Luna y las estrellas. Todas las cosas en la naturaleza universal son repetitivas en estructura y acción. Lo pequeño refleja lo grande y lo grande se reproduce a sí mismo en lo pequeño, porque en verdad, los dos son uno.

Es más, debido a la estructura magnética y a la acción de los doce globos de nuestra cadena planetaria, nuestra Tierra tiene una acción magnética bipolar de doce clases diferentes; solo uno de esos pares polares es conocido por nuestros científicos, los otros son desconocidos. Nuestro Huevo de Brahmā, nuestro sistema solar como un todo, también tiene doce trayectorias magnéticas bipolares, o los que de manera abreviada se conocen como polos magnéticos, y cada uno de estos doce polos tiene su lugar en una de las doce constelaciones del zodiaco, o mejor dicho, las doce constelaciones del zodiaco son los lugares de los doce polos del periodo zodiacal. La rueda de la vida con sus doce rayos sigue girando para siempre.

Así es como un ser humano puede ser hijo del Sol. Así es como el ser humano puede ascender a través de los caminos magnéticos desde la Tierra a la Luna, de la Luna a Venus, de Venus a Mercurio, de Mercurio al corazón del Padre-Sol, y regresar. En la jornada hacia afuera ciertas fundas o túnicas de la mónada peregrina se van dejando en

cada estación planetaria. Polvo al polvo en la Tierra. El cuerpo lunar se suelta y abandona en los valles de la Luna. En Venus el ropaje de carácter venusiano es también dejado de lado; y lo mismo ocurre con Mercurio. Entonces la porción solar de nosotros se recoge en su propio corazón. En su viaje de regreso, la mónada peregrina deja el sol después de reasumir su propia funda solar. Entra en la esfera de Mercurio y recoge los vestidos que había dejado a un lado, los toma, y luego pasa a Venus y se reviste con lo que había dejado, después entra a la esfera no-santa de la Luna y en sus valles oscuros recoge su anterior cuerpo lunar; luego nace en la Tierra en los rayos lunares de la Luna llena. Tierra a Tierra, Luna a Luna, Venus a Venus, Mercurio a Mercurio, Sol a Sol.

La iniciación es llegar a ser, por una experiencia autoconsciente, temporalmente uno con otros mundos y planos, y los varios grados de iniciación marcan los varios estados de avance o de habilidad para hacerlo. Así como las iniciaciones progresan en grandeza, así el espíritu-alma del iniciado penetra cada vez más profundamente en los mundos y esferas invisibles. Uno ha de conocer todos los secretos del huevo solar antes de llegar a ser una divinidad en ese huevo solar, tomando parte, autoconsciente y deliberadamente, en la labor cósmica.

Prepárense continuamente, porque cada día es una nueva ocasión, una nueva puerta, una nueva oportunidad. No pierdan los días de sus vidas, porque el tiempo vendrá, fatalmente vendrá, en que sea el turno de ustedes, el turno en que emprendan esta la más sublime de las aventuras. Gloriosa más allá de las palabras será la recompensa si tiene éxito. Por lo tanto, practiquen, practiquen constantemente

su voluntad. Abran sus corazones más y más. Recuerden la divinidad en su interior, la divinidad más interna en ustedes, el corazón de ustedes, la esencia de ustedes. Amen a otros, porque los otros son ustedes mismos. Perdónenlos, porque al perdonarlos a ellos se están perdonando a ustedes mismos, Ayúdenles, porque al hacerlo ustedes se fortalecen. Ódienlos y al hacerlo estarán preparando a sus propios pies para descender al Foso, porque al odiarlos, a ustedes mismos se están odiando. ¡Den la espalda al Foso y vuelvan sus rostros hacia el Sol!

II

Equinoccio de Primavera

Equinoccio de Primavera

VEAMOS ahora el ciclo iniciatorio del equinoccio de primavera. Concerniente a éste hay una doctrina que es a la vez maravillosa y extraña la cual está basada en las operaciones de la Madre Naturaleza. Debe recordarse que esta expresión Madre Naturaleza, cuando se usa en su sentido esotérico, incluye no solamente la caparazón física del universo que nos rodea, de la cual conocemos su existencia a través de nuestros imperfectos sentidos, sino que también, más en particular, incluye el vasto y real reino sin fronteras de los espacios del espacio.

Esta extraña y maravillosa doctrina describe que la gran aventura iniciática en la que el noble iniciado entra en la época del Equinoccio de Primavera es una copia, una duplicación, un evento repetitivo, en nuestra pequeña esfera humana de lo que en realidad ocurre a intervalos cósmicos entre los dioses. Las iniciaciones que se llevan a cabo aún en nuestros días con una regularidad más o menos ininterrumpida durante el Equinoccio de Primavera, incluyen no solamente el pasar por las pruebas y una definitiva resurrección en el hombre personal de su dios interno y una ascensión a la esfera espiritual, por lo menos por un tiempo, de la conciencia perceptora del iniciado, sino que también

incluye lo que comúnmente se ha llamado en la literatura occidental, al tratar este tema, el descenso del neófito-iniciado, sin importar cuán grande sea su estirpe espiritual, al Inframundo, a esos muy reales pero para nosotros completamente invisibles reinos del espacio que tienen su existencia en lugares cósmicos todavía más materiales que nuestra densa esfera de sustancia m̄yāvica física.

Sería equivocado considerar este Inframundo como perteneciente exclusivamente a lo que ha sido llamado en la literatura teosófica la Octava Esfera, o sea el Planeta de la Muerte, aunque en realidad la Octava Esfera debe ser visitada por la conciencia perceptora peregrinante a su debido tiempo.

Tenemos, entonces, una imagen de la iniciación en el Equinoccio de Primavera como una fase del ciclo general iniciatorio, esta fase consiste en severas e indagadoras pruebas espirituales, intelectuales y psíquicas así como también pruebas astrales por un lado, y por otro lado, también incluye un descenso de las mónadas peregrinantes de seres humanos promedio a esferas nunca recorridas en el curso ordinario de su desarrollo, una vez que estas mónadas han empezado a manifestarse en el campo humano.

Esta doctrina extraña y misteriosa la cual brevemente hemos delineado nos dice que en nuestra Tierra, en esta solemne y sagrada ocasión, ocurre una repetición o duplicación de lo que a ciertos intervalos se lleva acabo entre las divinidades. Así como algunas veces en el progreso del destino cósmico, cierta divinidad deja su esfera luminosa y “desciende” o mejor dicho transfiere una porción de su propia esencia divina al mundo del hombre con el propósito de ayudar y guiar a la errante humanidad, exactamente lo

mismo hace el neófito-iniciado que desciende o transfiere su conciencia perceptora al Inframundo para aprender y también ayudar a los habitantes de esas oscuras esferas. Lo que los dioses desde su noble altura hacen al ayudarnos, lo mismo hacen estos grandes hombres en esferas abajo de la nuestra.

Al considerar esta profunda enseñanza y al comenzar a notar sus extraordinarias y enigmáticas paradojas, nos podríamos preguntar por qué una divinidad tiene que “descender” o proyectar una porción de su esencia en nuestra esfera, la cual dejó atrás hace muchos eones en su progreso evolucionario. La explicación reside en otras enseñanzas concernientes a la naturaleza de nuestro sistema solar cósmico, tal como éste se percibe desde el punto de vista espiritual. Se nos enseña que aun los dioses están sujetos al destino omnipotente, que aun ellos en sus nobles esferas hacen y deshacen karma, y empiezan y terminan después de que han completado trabajos de una influencia muy alta en los espacios cósmicos, que cierta porción de estas actividades divinas deben por necesidad alcanzar e influenciar profundamente las esferas de los hombres.

Cuando el estudiante de esoterismo entienda la profunda enseñanza filosófica concerniente al verdadero significado de la tríada de las deidades hindú llamadas Brahmā, Vishnu y Śiva llegará a entender por qué ocurren estos eventos de los que recién hemos hablado. Brahmā es el principio evolucionante y productor, Vishnu es el sostenedor, el conservador, Śiva es el patrón particular de los esotéricos, el regenerador porque es el que resuelve.

Mirar a esta tríada de divinidades en el sistema solar de la manera que lo hace la literatura exotérica hindú es perder

el significado y el alcance de la enseñanza esotérica relacionada a ella. Las tres divinidades, son tres individuos, y sin embargo son uno, así como evolución e involución son dos y sin embargo son esencialmente una, porque nada puede hacer evolucionar lo que está adentro antes de que eso de adentro haya involucionado en ello. Por lo tanto, no puede haber Brahmā o evolucionador o productor a no ser de que el regenerador o resolvidor en un periodo cósmico pasado haya ya hecho involucionar con anterioridad las semillas del universo para que evolucione o se produzca. Ni tampoco podría haber ningún manvántara o curso de vida cósmica sostenida y evolución a no ser por la incesante y continua influencia del sostenedor, conservador y preservador.

Por lo tanto, entonces, estas tres energías espirituales divinas en el sistema solar, que son distintivamente tres y sin embargo una en esencia, en verdad son la tríada superior del septenario perteneciente a los diez principios de nuestro cosmos solar, y por lo tanto, en su grandiosidad existen y trabajan en lo que para nosotros es completo silencio y obscuridad, porque son los tres mundos superiores del sistema planetario solar de vida-energía-conciencia.

De vez en cuando, regido estrictamente por el karma del sistema solar, aparece un impulso en el seno de Mahā-Vishnu para manifestar una porción de sí mismo, esta porción siendo una divinidad; y este impulso o apremio súper-espiritual nunca se puede negar o ignorar. Es más, este impulso tiene un nombre técnico en la enseñanza esotérica. Es llamado *bīja*, que significa “semilla”, o más preciso quizás *avatāra-bīja* — la semilla cósmica de los Avatāras.

Los Avatāras aparecen en la Tierra en intervalos cuando las energías espirituales están muy bajas entre nosotros y las

fuerzas materiales surgen en olas turbulentas muy altas. Es como si se diera una tensión psicomagnética espiritual en la estructura del sistema solar, dando como resultado una descarga eléctrica-espiritual de energía espiritual, algo así como el relámpago en la tierra, siendo esta descarga popularmente llamada el “descenso” del Avatāra, preservando así la estabilidad y el equilibrio de las cosas. Eso mismo, en nuestro mundo, se da en el caso de estos grandes hombres, estos sublimes neófitos-iniciados que durante el curso de su iniciación “descienden” al Inframundo con el solo propósito de traer luz espiritual a esos seres encadenados en las oscuridades de esas esferas tenebrosas, esferas que para nosotros parecerán regiones tenebrosas porque estamos en una esfera superior a la de ellos.

Tan estrechamente tejida está la naturaleza toda, tan intrincadas e íntimamente entretejidas están las hebras de la red de la vida, que toda la naturaleza se debe de considerar como un vasto organismo, y cuando existe la falta de algún elemento-energía en cualquier parte del cuerpo cósmico, entonces se da un impulso vehemente de otras partes que poseen este elemento-energía en abundancia, dirigido al lugar donde esta energía se necesita, y un consecuente pasaje o peregrinación o transferencia del elemento-energía que se necesita, a su destinación para que la estabilidad y el equilibrio de la estructura cósmica se pueda restablecer o mantener.

Los periodos de iniciación no suceden por casualidad o por azar, ni son gobernados por los deseos y voluntad de los seres humanos, aunque sean grandiosos y sublimes, sino que suceden estrictamente de acuerdo a la acción del magnetismo cósmico espiritual del universo. En consecuencia,

los grandes neófitos iniciados entran en sus pruebas y hacen viajes al Inframundo porque en su debido momento han llegado a ser por completo los sirvientes obedientes de la ley del universo, y por lo tanto no harían otra cosa.

De lo que se ha dicho, por lo tanto, es eminentemente obvio lo grande que es el pulso compasivo del corazón de la naturaleza; pues eso que el hombre, en su falta de palabras adecuadas, describe con frases tales como: restablecer un equilibrio perturbado, o mantener la estabilidad cósmica, resulta ser una manera muy pobre de expresar el hecho de la operación automática de la vida cósmica, de restaurar las armonías cósmicas, en el reajuste de las energías cósmicas, todo a través de la dirección y control del inefable gran corazón de la vida-conciencia que late incesantemente sin ninguna pausa hasta el final del manvántara solar.

Por eso es que el Equinoccio de Primavera en particular y los Avatāras están relacionados, tanto en el pensamiento humano como en la realidad cósmica. Mantengan en mente que son tres los casos generales, o las instancias generales, en los que ocurren descensos o manifestaciones avatāricas de energía espiritual en la existencia humana, como motores extraordinariamente poderosos. El primero es el de Avatāras producidos por la influencia de *bīja* en Mahā-Vishnu; segundo es el caso de Buddhas; y el tercero ocurre en raros intervalos entre los humanos que no son ni Avatāras ni Buddhas. Tengan presente que el Avatāra es el descenso de la influencia, o de una porción, de la divinidad a través de un intermediario, un aparato bodhisattvicopsicólogo para que pueda manifestarse en la vida humana en un cuerpo humano. Los Buddhas encarnan sus propias influencias espirituales divinas, en cada caso emanando de

su propio dios interno, y hacen esto a través de todo el tiempo que trabajan en el mundo del hombre; ellos manifiestan estos poderes espirituales en propósitos y trabajos de indescriptible impacto benévolo y de un gran alcance benéfico.

Los raros casos de humanos que, sin ser Avatāras o Buddhas, de tiempo en tiempo toman o llegan a ser la morada de rayos espirituales-divinos, son esos hombres y mujeres inusuales que debido a una línea del karma la cual está libre de dañar o atar a la personalidad, son capaces de transmitir un rayo de la tríada superior de ellos mismos. Este rayo penetra y prende el fuego con su llama sagrada en el cerebromente y aparato emocional de tales hombres y mujeres.

Los casos de estos inusuales seres humanos pueden ejemplarizarse o demostrarse con hombres y mujeres cuya existencia demuestra un poder espiritual e intelectual que excede al promedio del hombre, y sin embargo son solamente seres humanos. Podrían ser por ejemplo, poetas con una noble mente, con visión al futuro, o artistas con una mente noble, filósofos, humanistas, estadistas; sin embargo, son solamente hombres y mujeres. No son ni Avatāras ni Buddhas, y su existencia es bien conocida por las diversas religiones del mundo, ellos han sido llamados con muchos nombres, tales como santos, hombres sagrados, u otros títulos similares.

Aunque estas tres clases que manifiestan rayos divinos espirituales — tan diferentes entre ellos — son las tres instancias en las que el espíritu divino se manifiesta en la esfera humana, se debe notar particularmente que la urgencia o el impulso originador en los tres casos surge del misterioso *bīja* que existe y trabaja desde el amanecer hasta el atardecer del manvántara cósmico en el seno de Mahā-Vishnu.

Como último pensamiento en relación a esto, recuerden que también hay Avatāras de Mahā Śiva, así como los hay de Vishnu el sostenedor del universo solar; y que son estos Avatāras de Mahā Śiva, los regeneradores solares, los que producen quizás los efectos más grandes que afectan la esfera del hombre.

El deber de algunos Avatāras, su característica o sva-bhāva es la de preservar y sostener todo lo que es espiritual, noble, bueno y sagrado; mientras que el trabajo de otros Avatāras es el de regenerar, hacer de nuevo, traer desde la matriz del destino lo que está esperando nacer. Por ello, es que el trabajo de la influencia de Śiva ha sido con frecuencia y de una manera incorrecta, llamado destrucción. La profunda filosofía del proceso todavía no ha sido entendida por los académicos occidentales y orientales; sin embargo, es obvio que hay ocasiones traídas por la moviente rueda de la vida, cuando en el curso del destino el mal se debe derrumbar, cuando estructuras y trabajos que han perdurado a través de los tiempos deben de ser destruidos desde sus fundaciones hacia arriba, para que un nuevo edificio, y una estructura más grande y sublime, ya sea hablando material o espiritualmente, pueda ser levantada.

Difícil en verdad es el tema del pensamiento en el que nos hemos embarcado, y me siento con necesidad de dar una advertencia en el sentido de que no se debe saltar a la conclusión de que se ha entendido por completo el significado de esta maravillosa doctrina que brevemente he delineado. Recuerden que todo el universo solar es un organismo vasto, que se agita y palpita con vida por doquier, y que lo que los hombres llaman espíritu o lo que los hombres llaman materia son sólo dos fases, aspectos o eventos

de la arremetida o fuerza de la vida-conciencia-substancia trabajando su sublime destino incomprendible.

Por lo tanto, nuestro entero sistema solar puede verse desde dos puntos de vista: primero como un cuerpo cósmico de esferas construidas en la tela de la conciencia cósmica; y desde el otro punto de vista, se puede ver como una extraordinaria y entretrejida red de esferas que existen en diferentes planos, pero todos bajo el dominio — y existiendo dentro de los límites — de nuestra divinidad cósmica. Por lo tanto, cada átomo se agita lleno de vida y es un encarnado centro de conciencia, que nosotros llamamos mónada, y la única diferencia entre el átomo y dios, entre la hueste obscura y la hueste de luz, es una de desarrollo evolucionario.

Finalmente, tratemos de entender algo del significado de las experiencias tan llenas de misterio y de peligro, que algunos, más evolucionados que nosotros, están ahora experimentando.

III

Solsticio de Verano

Solsticio de Verano

AHORA EL tercero de los grandes eventos espirituales y síquicos del año esotérico, el ciclo iniciático centrado en el Solsticio de Verano; celebramos poder enseñar por sugerencias intelectuales y espirituales los eventos de las iniciaciones que se llevan a cabo durante este tiempo en diferentes lugares de la superficie de la tierra.

Es un pensamiento muy sugestivo, y uno que deberíamos llevar con nosotros siempre — cada uno de nosotros como su máspreciado ideal — el de que cualquiera que pertenezca al anillo externo del Cuerpo místico puede, si él o ella lo desea, algún día pasar del anillo externo al anillo interno, y de ese anillo interno a uno mucho más cercano al centro; y así sucesivamente, hasta que finalmente, si el discípulo prevalece en la conquista del ser y en el engrandecimiento de su conciencia, deberá un día llegar al centro, y entonces, por su propia voluntad y actos puede ser atraído dentro de las corrientes iniciáticas de la vida que lo llevarán al místico peregrinaje, en la ronda de experiencias esotéricas, y regresar como un renunciante dispuesto y consciente de lo que él sabe puede obtener, pero que lo rechaza con el fin de quedarse y ayudar al mundo como una de las piedras en la Pared Protectora que rodea a la humanidad.

Ustedes recordarán que el año místico contiene cuatro puntos estacionales, y estas cuatro estaciones en sus ciclos son símbolos de los cuatro eventos principales del progreso de iniciación: primero el Solsticio de Invierno, el cual es también llamado el Gran Nacimiento, cuando el aspirante hace nacer su dios interno y aunque sea por poco tiempo llega a ser uno con él en conciencia y sentimiento; un nacimiento que en verdad es el nacimiento del Buddha interno, nacido del esplendor espiritual solar, o el nacimiento del Cristos místico.

Luego, en segundo lugar viene el periodo o evento de la adolescencia esotérica en el Equinoccio de Primavera, cuando en completo vigor de la victoria obtenida durante el Solsticio de Invierno, y con la maravillosa fuerza y poder interno que obtiene a través de tal logro, el aspirante entra en la más grande tentación, con excepción a una, conocida por los seres humanos, y prevalece; este evento puede ser llamado la Gran Tentación. Con esta iniciación durante el Equinoccio de Primavera, los Avatāras están implicados, formando, como ellos lo hacen, una de las líneas de actividad — una línea-dios, en realidad — de la Jerarquía de Compasión y Esplendor, aunque los Avatāras están afuera del ciclo de tentación, excepto en lo que concierne a la porción humana en ellos.

El tercer evento llega en el Solsticio de Verano, durante este periodo el neófito o aspirante ha de pasar y prevalecer sobre la Gran Tentación conocida por el hombre, a la que ya nos referimos anteriormente; y si él prevalece, lo que significa renunciar a toda oportunidad de progreso individual por la oportunidad de llegar a ser uno de los Salvadores del mundo, él entonces toma su posición como una de las

piedras en la Pared Protectora. De aquí en adelante dedica su vida al servicio del mundo, sin pensar en su progreso individual — esto puede durar eones — sacrificándose a sí mismo espiritualmente poniéndose al servicio de todo lo que vive. Por esta razón, la iniciación en esta estación del año ha sido llamada la Gran Renunciación.

Finalmente, llega el cuarto y último periodo cíclico del año místico, el evento del Equinoccio de Otoño, el cual quizás es el más sublime, pero que realmente no es tan sagrado como la iniciación que estamos ahora conmemorando; porque en la iniciación del Equinoccio de Otoño, el neófito o aspirante pasa más allá de los portales de la muerte irrevocable y no vuelve a regresar entre los hombres. Una línea de esta actividad, noble y espiritual, pero que no es la línea de la Jerarquía de Esplendor y Compasión, es la que siguen los Pratyeka Buddhas. Eones pasarán antes que estos Pratyeka Buddhas vuelvan a despertar para tomar de nuevo la jornada evolucionaria, el peregrinaje evolucionario.

El Equinoccio de Otoño está asimismo cercana y estrechamente relacionado a la investigación, durante los ritos y pruebas del neófito, de los múltiples e intrincados misterios relacionados con la muerte. Por ésta y otras razones ha sido llamado el Gran Paso.

Hijos del Sol y Descendientes de las Estrellas: ¿Nunca se les ha ocurrido a ustedes preguntarse por qué las estrellas brillan en la bóveda violeta de la noche; por qué nuestro sol brilla con una gloria incesante vertiendo a través de eones y eones su propia sustancia de luz, vida y energía; y por otro lado, por qué, las vastas extensiones y reinos de la naturaleza están sumergidos en una aparente rigidez fría y cristalina: dormidos, inactivos, aparentemente inmóviles, y

sin embargo, verdaderamente impregnados por todos lados y todas partes (de tal manera que ningún átomo es privado de ello) de la vida siempre permanente y consciente del Ilimitado? ¿Nunca se han preguntado por qué estos dos grandes contrastes existen en el universo manifestado — por un lado luz, movimiento, actividad y poder, resultado de la divinidad y de las energías espirituales; y por el otro lado inmovilidad relativa, rigidez, somnolencia cristalina, y las esferas de frío y sueño espiritual?

Si no se han hecho estas preguntas, todavía no han despertado realmente; sus almas espirituales no están todavía girando conscientemente dentro de ustedes, y están dormidos e inactivos. No son los animales los que se hacen preguntas como éstas, porque ellos viven dentro de los restringidos límites de su reducida conciencia, porque es una conciencia de sensación y de reacción a la sensación, sin el divino fuego del pensamiento auto-consciente, y sin la inquisitiva inteligencia, sedienta de luz y conocimiento, que caracteriza al hombre como hijo del Sol y como descendiente de padres estelares.

Por un lado, espíritu, y por el otro, materia, vida consciente por un lado, y una inmovilidad relativa y una somnolencia de la conciencia por el otro. Cuando observamos su naturaleza décuple y consideramos sus actividades, entonces nos damos cuenta de que podemos figurarnos la situación como si fuera un vasto ejército de los hijos de la luz trabajando en la oscura y durmiente materia, los hijos de la luz existiendo en sus encarnaciones entre los dos polos, los cuales en nuestro presente estado consciente parecen ser reinos impenetrables. ¿Cuáles son estos dos polos? Uno es el polo de la materia, pero el otro es el polo del espíritu que,

por su incomprensible resplandor y poder, está tan lejos de nuestra concepción o más noble ideación intelectual, que parece tan impenetrable a nuestro entendimiento como el otro polo del que acabamos de hablar, también aparentemente oscuro e incomprensible.

La razón por la cual la naturaleza se divide en dos para el entendimiento de los humanos, es porque observamos por un lado la hueste de la luz, y por el otro la hueste de la materia; y sin embargo las dos son fundamentalmente una, la diferencia está en que las huestes de la luz son entidades que en mayor o menor grado han progresado hacia el polo del espíritu, y las huestes de la obscuridad están regidas por los *māmo-chohans*; como, de hecho, también el lado luminoso está regido por la Jerarquía de Esplendor que consiste en los *dhyāni-chohans* en una siempre creciente gama de gloria, ascendiendo a través de la escalera de la vida fuera del alcance de nuestra más grande visión, esforzándonos hacia arriba de la manera que podamos. Estos dos polos de la naturaleza: el de obscuridad y el de luz, son las dos vías eternas, eternas porque son la misma naturaleza poderosa. Podríamos hablar del lado de arriba o de la luz como el que pertenece a la Jerarquía de la Compasión y el de abajo u oscuro como el de la Jerarquía de la Materia; sin embargo los dos están eternamente evolucionando hacia arriba en un progreso permanente. Después de todo, estos son dos modos de vida, aunque fundamentalmente los dos son uno.

Como lo dijo un gran sabio y vidente del Lejano Oriente, Lao-tsé, cuando hablaba sobre el Tao:

Su parte superior no es brillante, y su parte inferior no es oscura. Incesante en la acción, sin embargo nunca se puede nombrar, de la acción regresa de nuevo al Vacío

espiritual. Podríamos llamarle la forma de lo que no tiene forma, la imagen de lo que no tiene imagen, lo fugaz y lo indeterminable [y sin embargo es lo que siempre perdura]. Colócate enfrente y no le puedes ver su cara, colócate atrás y no le puedes ver la espalda. . . .

Sin un nombre por el cual puede ser correctamente llamado, es el origen de las esferas celestiales y las esferas materiales. Cuando tiene nombre el hombre le llama La Madre Eterna de todas las cosas. Solo aquél que está constantemente libre de pasiones terrenales puede entender su divina esencia; pero aquél cuya mente está atascada y cegada por pasiones, solo puede ver su forma exterior. No obstante estas dos formas, la espiritual y la material, aunque las llamemos por diferentes nombres, en su origen son idénticamente una e idénticamente la misma. Esta igualdad es un misterio maravilloso, el misterio de los misterios. El entendimiento de este misterio es el portal de toda iniciación.*

Hijos del Sol y Descendientes de las Estrellas: ¿Son ustedes como el animal ciego sin razonamiento, que no tiene la curiosidad divina por la sabiduría, el conocimiento y el amor? O ¿Se están volviendo como los sabios y visionarios de las edades, que ven en todo lo que los rodea, en cada cosa o evento, por diminuto o grande que sea, la llave de un enigma cósmico? Piensen y hagan un momento una pausa sobre este pensamiento. Cuando se ponen a considerar las orbitas brillantes arriba de nosotros, y nuestra propia gloriosa estrella a la que llamamos Padre Sol ¿Nunca se les a ocurrido que estas estrellas son manifestaciones de la Jerarquía de la Compasión que traen luz, vida, amor y

*Pasajes del *Tao-te-ching* parafraseado de la traducción de Lionel Giles.

sabiduría a los reinos oscuros de las esferas materiales de la naturaleza? ¡En verdad así es!

Cada sol que discernimos en el cielo de media noche, cada criatura humana, cada dhyāni-chohan cuya presencia podríamos instintivamente sentir, no es solamente una entidad evolucionando y progresando, especialmente en el caso de las estrellas y los dioses, sino que también es una entidad, la cual, motivada por el amor celestial y la sabiduría divina, cada una de acuerdo con su propio poder kármico, y hasta donde le es posible, se ha detenido en su camino o avanza despacio en su camino, para poder ayudar a las huestes y multitudes de entidades menos avanzadas que vienen atrás de nosotros.

Pues una estrella, nuestro sol por ejemplo, no es solamente un dios que evoluciona en sus aspectos divino, espiritual, intelectual, psíquico y astral, sino que también se inclina hacia nosotros desde su trono espiritual, y por lo tanto aparece en nuestra propia región material, ayudándonos, dándonos luz, empujándonos hacia arriba.

Estas no son palabras vanas de una poesía vacía, sino una verdad sugestiva. En todas partes a nuestro alrededor, la naturaleza proclama la ley, el orden, la regularidad, una sucesión de eventos en la que seres y cosas son arrastradas a través de las edades en el vasto seno del río de vidas; y todo esto es el trabajo de la Jerarquía de Esplendor y Compasión, de la cual nosotros de una manera humilde formamos en esta tierra el círculo o esfera más exterior. Es el mismo impulso que inclina a los dioses, los Observadores Silenciosos y los seres estelares, a ayudar a los seres menos avanzados, eso inclina el corazón de los Buddhas de Compasión, y el de los Maestros de Sabiduría y Paz y sus chelas, a tomar

la iniciación de la Gran Renunciación, copiando así en el campo humano lo que ocurre en un grado sublime entre las divinidades. Un Avatāra no es más que un caso excepcional de un tipo peculiar, ejemplificando la regla por la cual los Buddhas son los ejemplos más nobles y notables del caso general.

Poco sabe el hombre del amor inmenso, de los impulsos divinos de compasión, que inclinan las almas de aquellos que consuman la Gran Renunciación, renunciando a toda esperanza de un progreso evolucionario personal, el cual puede tomar muchos eones, con el objeto de permanecer en la tierra y ayudar a sus semejantes y al servicio del mundo.

Desconocidos, sin recibir agradecimiento, siempre silenciosos, compasivos, siempre llenos de divina paz, trabajando continuamente, observando a otros pasar delante de ellos ya que el desplazamiento del río de vidas se mueve despacio en su recorrido interminable. Allí se encuentran firmes como pilares de luz, estas nobles y grandes almas. Aunque saben que un día su recompensa vendrá, una recompensa fuera de todo entendimiento humano, sin embargo, permanecen a través de las edades sin pensar en su recompensa, perduran, perduran y perduran.

El hombre en el mundo no tiene ningún conocimiento de las potentes manos y poderosas voluntades que retienen ciertas fuerzas y elementos cósmicos, para que estas fuerzas y elementos no destruyan al hombre por su ignorante estupidez y su ciega obstinación cuando los invoca a través de sus emociones y pensamientos egoístas, poderes cósmicos de los que en realidad no tienen ninguna conciencia real. Porque estas Grandes Almas son los escudos protectores

de la humanidad, por eso son llamadas la Pared Protectora.

Cada hombre o mujer que hace un acto, generoso, altruista y compasivo es, de igual modo en lo que el impulso y acto compasivo lleva, un miembro de la Jerarquía de Compasión y Esplendor. Cada hombre o mujer que hace un acto de egoísmo o que sigue ciegamente y solamente un impulso del lado de la materia de ella o de él está, de igual modo en lo que el impulso y acto lleva, actuando bajo la influencia de los poderes sombríos y profanos del mundo material cuyos dirigentes son los pavorosos māmochohans que preceden en los pralayas. Cada hombre o mujer que comete un acto egoísta, malo o innoble, realmente está tomando un paso hacia atrás y está, digámoslo de paso, impidiendo el futuro progreso de sus prójimos; porque todos estamos inseparablemente tejidos en una red de vida, en una unión orgánica viviente.

¡Qué hermosos son aquellos que en su frente brilla la luz eterna, la luz de la paz eterna, la luz de la sabiduría, y la iluminación de un amor inmortal! Ellos crecen y crecen rápidamente, estimulados por la radiante luz que emite desde las profundidades de su propio ser espiritual. ¡Ellos muestran majestuosidad, una calma, una paz bendita, una felicidad inefable! ¡Qué fuerza tan admirable la que ellos adquieren por cada pensamiento noble, por cada acto noble! Hombres y mujeres que encarnan este espíritu de devoción desinteresada, aunque sea en un nivel insignificante, se están preparando para un tiempo futuro cuando ellos se encuentren enfrente de la puerta y toquen, buscando, preguntando, demandando, con el innato derecho de dioses en embrión, esta iniciación de la Gran Renunciación; y entonces encontrarán su lugar como trabajadores

autoconscientes de la Jerarquía de Compasión y Esplendor.

Como Lao-tsé vuelve a decir a este respecto, al hablar del Tao, que es a la vez el organismo cósmico en su lado divino y el eterno esplendor dentro del seno del aspirante: “El mundo entero de los hombres acude con entusiasmo a aquél que posee dentro sí la poderosa forma y poder del Tao. Ellos vendrán y no serán lastimados, sino que encontrarán reposo, paz, tranquilidad, y sabiduría.”

Hablando de nuevo de la ética práctica de aquél que ha llevado a cabo la Gran Renunciación y pasado a través de los ritos más sagrados el gran Maestro Chino dice:

Aquél que está vacío debe ser llenado; aquél que se ha desgastado tiene que ser renovado; el que tiene poco lo debe tener todo; aquél que piensa que tiene mucho será extraviado. Por lo tanto, el sabio abraza en el pensamiento la unidad cósmica, y consecuentemente llega a ser un modelo de todo lo que esta bajo el cielo. Él está libre de auto-exhibición, por lo tanto él resplandece; libre de auto-afirmación, por lo tanto se le distingue; libre de auto-glorificación, por consiguiente se le glorifica; libre de auto-exaltación, consecuentemente está arriba de todos. Puesto que nunca compite con otros, no hay nadie en el mundo que compita con él.

Y más adelante, el mismo sabio y visionario enseña lo siguiente en sus paradojas.

Por lo tanto, el sabio que desea estar por arriba de la gente, debe ponerse por sus palabras debajo de la gente. Deseando ser más noble que la multitud, debe él ponerse modestamente detrás de ellos y a su servicio. De esta manera, aunque él tiene su lugar natural por encima de ellos, la gente no siente su peso; aunque tiene su lugar natural delante de ellos, ellos no lo resienten. Por lo tanto, la

humanidad se deleita exaltándolo, no se preocupan por él.

El sabio no espera reconocimiento por lo que hace; él logra el mérito pero no lo toma; . . . tengo tres inapreciables principios a los que yo me aferro y estimo sobre todas las cosas. El primero es la amabilidad; el segundo es la frugalidad; el tercero es la humildad la cual me impide ponerme delante de los demás. Sé amable, y entonces tú puedes ser valiente, sé frugal y entonces puedes ser más liberal. Evita ponerte delante de otros, y serás un líder natural entre los hombres.

Pero en nuestros días el hombre no es amable, y quiere ser valiente. Desprecia la frugalidad, y solo retiene la extravagancia. Desecha la adecuada humildad, y busca siempre ser el primero. Por lo tanto, seguramente perecerá.

Nunca se debe suponer ni por un momento que la Gran Renunciación implica un abandono de cualquier parte específica del universo manifestado, de tal manera que el neófito o aspirante se dedique solo a seguir el exclusivo sendero de luz. Esto en sí es un sutil egoísmo espiritual que, aunque digan los hombres lo que digan, es el espíritu que gobierna la carrera de los Pratyeka Buddhas. Es necesario para el neófito o chela que desea pasar por la primera puerta de la iniciación que lleva a la Gran Renunciación el entender que en lugar de abandonar el mundo, él permanece adentro, para que, a medida que se desarrolla más, crece más fuerte, más sabio, más noble, para servir cada vez más ampliamente en la causa de todas las cosas que son.

El más pequeño tinte por el anhelo individual de superación personal le cerrará las puertas rápidamente, puesto que la verdadera fundación de esta iniciación es la absoluta abnegación. El esfuerzo requiere una labor titánica, ya que no solo debe la naturaleza personal ser depurada, sino que

debe ser totalmente transmutada, al grado que sea compatible con la existencia en estos mundos, para llegar a ser un canal o un vehículo o mediador entre todo lo que está arriba del neófito y todo lo que está debajo de él. De tal manera, él será puesto a prueba en cada fibra de su ser antes de que pueda levantar su corazón y desafiar las grandes pruebas que lo llevarán primero a la penumbra de las regiones del Inframundo — porque él debe prevalecer o fracasar; y después, cuando su corazón totalmente puro y su indomable voluntad lo hallan sacado del peligro de esto, será puesto a prueba en las esferas aun más altas, de tal manera que no más hambrienta añoranza de más luz para sí mismo y comunión con las divinidades para su propia gracia puedan seducirlo a que abandone el sendero que ha escogido.

El sendero del Pratyeka Buddha, después de todo, es relativamente más fácil en comparación con el sendero de aquél que ha escogido la Gran Renunciación; pero qué inexpresablemente bello y sublime es el galardón que llega más adelante, en un lejano futuro, cuando su trabajo una vez terminado, totalmente realizado, como la mariposa se libera él de su crisálida y alzando vuelo en el ambiente de éter donde los dioses lo esperan, llega a ser uno con ellos, auto-consciente y colaborador en el trabajo cósmico. Pero eones pasarán antes de que esta etapa se pueda lograr, eones y eones permaneceremos en nuestros reinos de imperfección y muchas veces de disputa y dolor. Pero para aquél que ha hecho la Gran Renunciación hay una alegría en el corazón que sobrepasa todo entendimiento, la alegría de ayudar, levantar y conducir a otros hacia arriba en la escalera de la vida. El poder llega a ser suyo; hasta ahora las facultades desarrolladas en él han sido sólo parcialmente

reconocidas y quizás desconocidas; él llega a ser conocedor de los misterios, de los cuales en las etapas primeras de su crecimiento no tenía ni el menor presagio y quizás ninguna intuición de ellos; y la razón es que entre más lejos él avanza en su progreso, más perfecto, más completo, más total será su auto-conciencia mediadora de la sabiduría y amor de las jerarquías arriba de él, que ahora pueden trabajar a través de él como un instrumento perfecto, deseoso, jubiloso, abnegado, fuerte y totalmente capaz.

Para él no hay más frutos del Mar Muerto que se vuelven cenizas en la boca; para él la tristeza y el dolor como la conoce el hombre han desaparecido. Él ha hecho suya la tristeza y el dolor del mundo; qué paradoja más maravillosa, la inefable paz y felicidad que son suyas, porque él es un ayudante totalmente desinteresado, transmuta la tristeza y el dolor del mundo en la luz aún más sublime y la paz del esplendor que está por encima de él y dentro de él. Él llega a ser uno con la naturaleza universal e instintivamente labora con ella en todos sus trabajos, y por esto, la naturaleza lo reconoce como su maestro y le hace reverencia.

Hay muchos grados de aquéllos que toman el sendero de la Gran Renunciación: primero están los más nobles, los propios dioses que se inclinan desde su trono azul, por decirlo así, para comunicarse con aquéllos de su misma jerarquía, pero que están abajo de ellos. Hay innumerables grados todavía más abajo: están los Buddhas de Compasión, los Maestros de Sabiduría y Paz, los chelas avanzados, los chelas que tienen un grado menos avanzado; y hombres y mujeres ordinarios que sienten dentro de ellos la emergente fuerza del fuego poderoso del amor compasivo que, algunas veces por lo menos, llena su corazón con su llama.

Buddhas celestiales, Dhyāni-buddhas, Mānushya-buddhas, Bodhisattvas, Maestros, Chelas, Chelas inferiores, nobles y grandes hombres y mujeres; ésta es, en breve, la línea o escala de seres que conforman el Orden de la Compasión.

Así como el chela avanza hacia la maestría, así como el Maestro llega a ser un Bodhisattva, y como el Bodhisattva se desarrolla en un Buddha, y así sucesivamente, hay una creciente comprensión auto-consciente de que cada individuo en esta Jerarquía de Compasión y Esplendor es el vehículo o mediador de una entidad divina que trabaja a través de él como su canal humano; y en la séptima iniciación, aunque nada más se pueda decir del último de los grandes ritos, el iniciado llega a estar cara a cara, lo cual puede ser por un breve instante o por unos meses o años, con esta entidad divina, inspiradora y protectora.

Nunca se debe de suponer que la Gran Renunciación implica, que una vez tomada le impide a uno subsecuentes iniciaciones. La Gran Renunciación, implica más bien, que la entidad dedicada se consagra a sí misma a una serie de futuras y más nobles iniciaciones, pero con el único y solo propósito de volverse cada vez más apropiado para transmitir la divina luz a otros menos avanzados que él, y con este propósito solamente.

La Gran Renunciación es también una iniciación que tiene muchos grados, pues el Observador Silencioso de cualquier grado es el primer ejemplar y tipo principal de uno que está en el umbral del conocimiento absoluto y de la inefable paz, y que, sin embargo, no entra sino que permanece ante el último y más grande de los santos para que aquéllos que están menos desarrollados tengan un vínculo con lo más alto.

Cada grado más alto en el que se entra durante el largo ciclo de iniciación antes de que el hombre llegue a ser un Bodhisattva, es un despertar dentro del neófito de un nuevo plano de conciencia y la consecuente llegada de una relación excelsa con los diferentes poderes y fuerzas y aun entidades que pertenecen a cada plano en la medida en que se van obteniendo, uno tras otro. La iniciación no es algo que es añadido a la conciencia del neófito que crece y se expande, como ladrillos añadidos a una pared; sino que los peldaños de la iniciación representan, cada uno, una aceleración del proceso evolucionario. En otras palabras, la iniciación en cada caso y a través del tiempo, es sacar hacia fuera, como una actividad manifestada lo que ya existe dentro del individuo. Este pensamiento es tan importante que les voy a pedir que se detengan y lo piensen bien. Ustedes podrán comprender que ninguna iniciación se lleva acabo puramente por petición o solicitud; por lo tanto, es totalmente imposible, que cualquiera que no esté preparado pase a través de los ritos con éxito. Sería imposible desde el punto de vista espiritual, intelectual, psicológico y físico iniciar a un animal aun en los grados iniciatorios más bajos, por la simple razón que las respectivas partes internas de su constitución no están funcionando juntas bajo la dirección y control de una entidad auto-conciente, como es el caso de los hombres.

Es en este hecho básico de idoneidad natural que reposa toda la estructura de las enseñanzas éticas que los grandes Maestros del pasado le han dado a sus discípulos. La disciplina debe preceder los Misterios. No por mandato de ningún Maestro, sino que simplemente porque es una ley irrefutable de la Naturaleza. El hombre tiene que demos-

trar que es digno, y no solamente digno, sino que está listo y no solamente que está listo, sino que está apto, antes de que su toque en el portal del sanctun sanctorum pueda ser oído; y recuerden que este “toque” tiene que ser insonoro y sin ningún gesto, porque es un movimiento de la voluntad, intenso y determinado, combinado con una expansión de la conciencia.

¿Qué tan preparado estará un hombre para entrar en las regiones tenebrosas del Inframundo y afrontar los frecuentemente peligrosos habitantes de esos reinos si no puede controlar ni su naturaleza emocional o exitosamente guiar las operaciones de su voluntad, y si no entiende el funcionamiento intrincado de su conciencia? Además, ¿cómo puede el hombre pasar con seguridad en los reinos de las regiones superiores del universo, lo que será para él, un estado sin preparación, con todos sus múltiples peligros y atractivos sutiles, si él no tiene una voluntad fuerte y una conciencia amplia y por lo tanto no está preparado para entrar en esos reinos? Sería imposible pedirle a un animal que se encargue de un laboratorio de química o trabajos eléctricos, o por otro lado, demandar de un animal que componga una oratoria o que escriba o delinee una filosofía cósmica que poderosamente convenza las mentes de los hombres.

No obstante ahora hay cientos de miles, quizás millones de seres humanos que no están muy lejos de estar listos y capacitados para tomar las pruebas de la primera iniciación; pero están tan hundidos y enredados en la red de la existencia material, que no solamente no saben estas verdades maravillosas y de sus poderes que yacen escondidos y latentes en su naturaleza, sino que ni intentarían probarlos aunque supieran de las posibilidades gloriosas que son su

patrimonio. Su propia ignorancia e inercia impide su avance; y es parte de nuestro deber el despertar estas mentes de nuestros prójimos y abrir la puerta de sus corazones a las verdades sublimes de la naturaleza.

Se puede decir que la más grande y simple preparación para todos los varios grados de iniciación es nuestra vida diaria. Aquí puede probar uno de qué está hecho; aquí podemos enseñar qué clase de materia hay en él; aquí podemos reforzar su carácter, evocar su voluntad, engrandecer su entendimiento, ampliar su vida. Los Maestros juzgan, mejor dicho prueban, a un principiante, a un neófito que da sus primeros pasos, por la manera que se comporta en la vida diaria y reacciona a las tentaciones y pruebas que la vida diaria le pone. Estas observaciones, repito, no son palabras vanas de teorías vacías, sino una verdad total; y esto se entenderá cuando recuerden que la vida es la gran escuela, y que todas las iniciaciones, sin ninguna excepción, no son nada más que obtener buenas notas, alcanzar clases más altas, en la escuela de la vida — la vida terrestre y la vida cósmica.

Recordemos la naturaleza de la constitución del hombre que está compuesta de las siguientes bases fundamentales: primero una divinidad derivada de una estrella, el padre estelar del individuo, y cada individuo tiene uno propio, luego viene la esencia monádica de tipo intelectual, llamada mānasaputra, derivada del sol. Tercero, el aparato psíquico-emocional comúnmente llamado alma humana o mónada, derivado de la cadena lunar. Y el cuarto un aparato o cuerpo psíquico-astral-vital derivado de nuestra tierra. Y sobre todo, adentro, corriendo a través de todos estos principios hay un fuego divino sin llamas de una conciencia

fundamental que lo podemos generalizar llamándolo el hijo del Ilimitado, que habita la zona ilimitada de los espacios del espacio. Ésta es la escalera de la vida del hombre individual; y él debe honesta y continuamente esforzarse, sin ningún instante de descanso, en subir su conciencia a lo más alto en la escalera, de adentro y hacia afuera de su cuerpo, para que maneje con maestría su aparato psicamental lunar el cual debe conquistar y controlar; y después todavía más alto, llegar a ser uno con su esencia mānasapútrica que vive en él; y en el futuro surgir en algo mucho más vasto y noble, lo cual es la mónada divina con su campo de conciencia extendiéndose sobre el universo, al cual llamamos Galaxia o la Vía Láctea; y mucho más adelante, en eones por venir, él podrá subir más y más a lugares aún mucho más altos por siempre.

Entonces, en verdad nosotros somos nacidos de la luna, hijos del sol, descendientes de las estrellas y herederos de los espacios cósmicos; porque el espacio en sí somos nosotros y nosotros estamos en él, porque nosotros y el Ilimitado somos en esencia no dos sino que uno.

En estas breves observaciones me he esforzado en dar, por alusión y por insinuación, algunas ideas claras y definitivas del carácter y el campo de las cosas comprendidas bajo el termino esotérico de la iniciación de la Gran Renunciación. Tiene también su compensación inefablemente bella, y su fin es el corazón del universo. Pero ¿Por qué digo su “fin”? Es una manera de hablar; porque el corazón del universo es en verdad infinito e ilimitado y es las profundidades sin fronteras de lo Divino. El progreso, entonces, no tiene fin; la luz se vuelve más fuerte a medida que uno progresa en el sendero; y lo que el chela podría considerar

las más nobles cumbres del Místico Este que él tiene que escalar, encuentra, cuando ha puesto su pie en esos picos distantes que hay inmensurables distancias todavía por conquistar, de una grandeza y sublimidad que aún los dioses no han alcanzado.

IV

Equinoccio de Otoño

Equinoccio de Otoño

DE TODAS las cuatro estaciones iniciáticas del año, ninguna quizás es más difícil describir que los eventos, pruebas y triunfos que pertenecen a la iniciación del Equinoccio de Otoño técnicamente llamada el Gran Paso. Así como el Solsticio de Invierno está conectado con el evento llamado el Gran Nacimiento, y el Equinoccio de Primavera está relacionado con el evento llamado la Gran Tentación, y el Solsticio de Verano con el sublime evento llamado la Gran Renunciación, así el Equinoccio de Otoño está relacionado con el evento llamado el Gran Paso, los recónditos y en algunos casos pavorosos misterios de la muerte.

Como se ha señalado anteriormente, los Pratyeka Buddhas, santos y grandes hombres como ellos son, ejemplifican un aspecto de los eventos correspondientes a la iniciación equinoccial de otoño, porque llega el momento en el ciclo de vida o historia esotérica de un Pratyeka Buddha cuando toma la decisión final respecto a cuál de los dos senderos debe de tomar: primero, el de regresar entre los hombres como un Buddha de Compasión; o segundo, el de avanzar firme en el sendero del logro individual para sí mismo, con la luz de la eternidad brillando en su frente, pero con el

corazón cerrado al grito de miseria y muchas veces de desesperación que brota de las multitudes de peregrinos que luchan en el camino detrás de él.

El Pratyeka Buddha definitivamente escoge el Gran Paso, muere absolutamente, y por el término que dure un manvántara cósmico puede estar fuera del mundo de los hombres y seres sensibles que viajan atrás de él. Y no vuelve. Él ha llegado a ser uno con sus partes divinas y espirituales, pero en un recinto cerrado de forma autosuficiente, de tal manera que aunque su ser brille como sol y esté hundido en el inefable misterio y dicha de nirvana, su campo de conciencia está limitado a su propio huevo áurico aunque éste esté ampliamente difundido o esparcido. Él permanece sumergido en las profundidades de la conciencia cósmica, pero ¡ay! inconsciente de todo excepto de sí mismo. Extraña paradoja, en verdad, que aunque es parte de la conciencia cósmica del sistema solar, él entiende esto y lo siente solo en la medida en que se refiere a la percepción de su propia esencia.

No obstante, el Pratyeka Buddha, por la realidad de su ser y existencia, ejercita una firme aunque silenciosa influencia a través de la esfera cósmica de la cual él ha llegado a ser una parte integral aunque inactiva. Sin embargo, esta influencia es negativa, inactiva, firme pero difusa; mientras que la influencia de las energías que fluyen del corazón de un Buddha de Compasión es activa, constructiva, creadora, estimulante, y directamente alentadora por su fuego vital.

La diferencia, como se puede ver fácilmente, entre el Pratyeka Buddha y un Buddha de Compasión es simplemente inmensa. Los Buddhas de Compasión, como el Observador Silencioso de nuestra cadena planetaria del

cual ellos son copias, renuncian a las glorias inexplicables que les confiere el Gran Paso y se convierten en energías espirituales vibrantes en la vida del mundo y todo lo que contiene vida en el mundo, energías vibrantes con potencias espirituales, la mayoría de ellas muy sutiles para poder ser descritas en palabras.

El Gran Paso es la cuarta y última iniciación que cada Maestro de Sabiduría debe pasar, *y las glorias a las cuales él debe renunciar*. En esta fase particular del ciclo iniciático que lo lleva hacia un mahatma, el iniciante, como en las tres iniciaciones precedentes, debe pasar por el Inframundo; pero esta cuarta travesía es fugaz, es como si fuera un viajero en tren precipitándose a través de las escenas que han llegado a ser familiares debido a previas paradas; y en vez de dilatarse en el Inframundo, las energías son guiadas hacia arriba obteniendo un íntimo conocimiento, un entendimiento individual y una maestría de los Mundos Superiores.

En esta iniciación son aprendidos todos los misteriosos e intrincados secretos relacionados con la muerte, algunos de ellos sublimemente bellos y otros más espantosos que cualquier imaginación ordinaria humana. La estructura total de la constitución del iniciado debe ser rota y dividida por un momento, para que la mónada divina quede finalmente libre, sin ataduras y obstáculos de ninguna clase que le impidan sus movimientos, y pueda ascender y moverse entre los estrellados espacios comprendidos dentro de la zona que circunda nuestra propia galaxia estelar; nuestra casa-universo. Allí entre las estrellas y entre los planetas en movimiento orbital alrededor de esas estrellas, debe la libre mónada del iniciado rondar libre, como un pensamiento de

un dios en libertad, y llegar a ser uno con — esfera estelar, tras esfera estelar — todas las diferentes y distintas fases y condiciones no meramente de substancia estelar, sino que también de conciencia cósmica.

En otras palabras, la divina mónada retorna a su origen estelar y pasa de estrella a estrella, vagando y alineándose entre ellas y se siente en confianza y completamente en casa. Lo que ocurre en el caso de un ser humano corriente cuando muere, es una completa inconsciencia porque no ha evolucionado lo suficiente para entender lo que está pasando, sin embargo, para la mónada divina libre del maestro-iniciado todo es completamente consciente y claro. Cada fase del proceso de la muerte que ocurre en los seres humanos ordinarios le ocurre también al iniciante. Cada envoltura del alma es abandonada, dejada a un lado y por un tiempo olvidada, hasta que la divinidad desnuda queda sola, un fuego viviente de energía en una memoria auto consciente y auto cognoscitiva.

Una vez que las cadenas del hombre personal inferior, una vez que los forros, las agobiantes envolturas de la conciencia, han sido dejadas paso a paso, peldaño tras peldaño, hacia arriba en la escalera de la vida, la energía monádica emprende su noble camino. Debe pasar por las doce casas del zodiaco una tras otra — o, si se entiende mejor, pasar y experimentar las influencias particulares y peculiares que fluyen de cada una de las doce casas del zodiaco — hasta que, cuando la ronda se ha hecho y la familiaridad se ha logrado conscientemente de lo que hay allí, luego empieza el descenso paso a paso, peldaño por peldaño, la mónada libre se reviste de nuevo con las envolturas de conciencia y con los varios cuerpos espirituales, etéreos y astrales que

previamente había desechado y olvidado. Finalmente llegando a nuestra tierra de nuevo — el cuerpo reposando en trance — vuelve a entrar a este mundo, levanta su cuerpo de nuevo y reaparece entre los hombres brillando con una luz celestial aun más etérea más maravillosa más pavorosa que la que reviste al afortunado cuando se levanta de las pruebas del Solsticio de Invierno. El iniciante ha muerto, el ha muerto en todo el sentido de la palabra; pero debido a un proceso maravilloso y mágico, y a la ayuda y cuidado protector de los grandes videntes y sabios quienes observan y cuidan a su hermano joven, él es capaz de regresar más allá de los portales de la muerte: él literalmente “resucitó de la muerte” y vuelve a ser un hombre glorificado, santificado, purificado en cada parte de su constitución compuesta. Él ha pasado más allá de los portales de la muerte. Él ha renacido completamente.

Éste no es un caso de renunciación como sí lo es durante el Solsticio de Verano. El iniciante es capaz de pasar estas terribles pruebas porque la Gran Renunciación había sido hecha durante el periodo de iniciación del Solsticio de Verano y había ganado la fuerza para morir completamente y sin embargo regresar a la existencia física humana.

He aquí como, hablando espiritual y éticamente, podemos discernir la diferencia entre el Pratyeka Buddha que muere a voluntad, alegre y feliz por su propia dicha espiritual y el que ha hecho la Gran Renunciación como los Buddhas de Compasión y sus seguidores que mueren por la experiencia que les da, por el conocimiento que obtienen pero, que regresan a la vida con el fin de ofrecerse así mismos al servicio del mundo.

No es fácil morir completamente. Los hombres mueren

diariamente, pero imperfectamente, en la noche cuando se acuestan en su cama y duermen. Pero deliberadamente morir es una cosa muy difícil, porque es contraria a las leyes habituales de la naturaleza. De cualquier manera, la muerte no es inmediata o de repente, ni aun en el hombre promedio que muere. Porque muchos meses precedentes a la disolución física, hay un ajuste que es un arreglo interno del huevo áurico que prepara las partes monádicas para la peregrinación después de la muerte. Y al final por un corto periodo antes de la muerte, la conciencia ronda entre la tierra y la estrella, entre el cuerpo físico y el sol, destellando hacia el sol y de regreso hacia la tierra varias veces, hasta que el cordón de oro de la vida se rompe, y la inconsciencia — instantánea, inmediata, e inexpresablemente dulce y suave — desciende sobre el que muere, quien de aquí en adelante estará lo que los hombres llaman: muerto.

Hasta ahora he hablado de la cuarta de las cuatro grandes iniciaciones como se aplica al caso de los Grandes Seres que la toman y que regresan entre los hombres; pero hay muchos otros casos de aquéllos que toman esta iniciación en la forma del Pratyeka Buddhas y mueren en este mundo y no regresan jamás hasta que eones han pasado y caído uno por uno en el océano del tiempo pasado. Estos últimos son los casos de quienes están en camino de llegar a ser Pratyeka Buddhas, tal vez sin percatarse de ello, aunque esto parezca paradójico; y estoy seguro que se sorprenderán que numerosas son las almas humanas que desean la inexpresable paz y felicidad del descanso nirvánico — ceñidos a la vida, ansiosos de que continúe, y sin embargo en una extraña paradoja, prefieren el camino de la muerte.

Los Grandes Seres que toman esta cuarta iniciación

para tener una experiencia directa, no solo sobre el Infra-mundo sino también sobre los mundos superiores, y lo que cada mónada debe de pasar cuando deja la encarnación en la manera ordinaria de la muerte.

En la iniciación del Solsticio de Invierno los planetas visitados son usualmente la Luna, Venus, Mercurio, y el Sol y luego regresa, mientras que en la cuarta iniciación del Equinoccio de Otoño estos mismos planetas se visitan — durante el proceso que quizás justificadamente podemos llamar disolución de la constitución — además que los planetas superiores Marte, Júpiter y Saturno y por lo tanto, la libre mónada viaja hacia los espacios cósmicos de afuera. El viaje de regreso se hace sobre el mismo sendero, y los trajes o velos de conciencia que la mónada peregrina dejó durante estas peregrinaciones en cada uno de los planetas y en cada uno de los planos, son de nuevo recogidos y reasumidos, y por lo tanto el ego monádico se viste de nuevo con sus inferiores yos y regresa a través del sendero que había ascendido. El orden de los planetas mencionado anteriormente no debe de entenderse como el orden de los planetas que se sigue regularmente.

Tomando en cuenta las enseñanzas anteriores es obvio que el hombre no solo tiene el cuerpo físico o terrestre sino que también un cuerpo lunar, un cuerpo venusiano, uno hermético o mercuriano, uno solar, uno marciano, uno joviano y uno de Saturno, así como también está revestido de la esencia del espacio cósmico. No solo tiene el hombre en su constitución estas varias envolturas planetarias, sino que su conciencia misma tiene como si fueran diferentes matices de colores o energías, o cualidades derivadas de los distintos cuerpos celestes con los que él está, según su cons-

titución, estrecha e íntimamente unido. Esta es la razón por qué, los varios cuerpos o elementos de la constitución del hombre son dejados por el iniciante en su recorrido por cualquiera de estas esferas, y por qué él debe regresar a cada una de estas esferas a recoger tal velo o envoltura o traje que había dejado anteriormente para que vuelva a ser un hombre completo en la tierra. El hombre por lo tanto, como pueden ver, es un hijo del universo, compuesto de todos sus elementos y por consiguiente, es un microcosmos o un mundo pequeño. Su pensamiento toca con dedos etéreos la estrella más lejana, y la más pequeña vibración de la estrella más lejana tiene su reacción en él.

Podemos ver entonces que la muerte, en las majestuosas ceremonias de la cuarta iniciación del Equinoccio de Otoño, no es sino que una ascensión, una resurrección de ciertos elementos groseros a elementos mucho más etéreos; pero el centro de conciencia, la chispa de fuego del ser, la esencia monádica, es un dios y permanece intocable y sin manchas a través de los eones sin importar lo que sus hijos — que son sus vehículos y velos de la conciencia y mónadas inferiores a través de las cuales trabaja — hagan, experimenten, sufran o gocen.

Marquen estos dos distintos aunque no conflictivos elementos de la enseñanza con relación al Equinoccio de Otoño: (1) Todos los grandes iniciados deben pasar a través de esta iniciación, pero regresan. En ella, ellos prueban la muerte y la vencen; y usando el lenguaje Cristiano se puede decir “¿Oh, muerte dónde está tu aguijón? ¿Oh, sepultura dónde está tu victoria?” porque el iniciante levantándose airoso ha verdaderamente conquistado la muerte, y sus misterios en todas sus varias fases ya no son misterios para

él. (2) El segundo elemento de esta enseñanza es el hecho que ejércitos, multitudes, muchedumbre, de seres humanos, durante algún período de su peregrinaje evolucionario eligen esta iniciación deliberadamente con el solo propósito de salirse de la vista del hombre y de este mundo para no regresar jamás. Tales son los Pratyeka Buddhas, y esos que, como ellos, prefieren la felicidad del nirvana individual que la sacrificada pero sublime vida y destino del Buddha de Compasión.

Recuerden estas enseñanzas en sus elementos. Traten de llevar estos pensamientos en la mente porque ayudan, y cuando se entienden debidamente, la conciencia de estas verdades hará una envoltura de sí misma alrededor de ustedes a manera de broquel o escudo protector. O, cambiando la manera de hablar, estas enseñanzas llegarán a ser luz a tus pies y te guiarán a través del sendero que las más grandes y nobles flores de la perfección humana han escogido andar.